

LOS CRONISTAS DE "LA VANGUARDIA"

EN BERLÍN

Una agonía sublime en defensa de Europa

Berlín, 27. (Crónica radiotelegráfica.) — Stalingrado: he aquí el tema ineludible, pese al encuentro entre Churchill y Roosevelt en Casablanca —del que lo más interesante que la Wilhelmstrasse ha dicho es que ha constituido un fracaso al no lograr poner de acuerdo a De Gaulle y Giraud, contribuyendo sólo a confirmar las pretensiones de «amo» del Presidente norteamericano— y a todos los restantes temas que llenarían por sí solos una crónica normal. Stalingrado es la ciudad —las ruinas de una ciudad— que encierra para el alemán de hoy un compendio de heroísmo y tenacidad. Nada hay que se aproxime más a lo sublime que la lucha sin esperanzas, y los defensores de Stalingrado, enterrados entre escombros, exhaustos de sueño y privaciones, no esperan otro fin que el de mirar, más tarde o más temprano, cómo florecen los laureles sobre sus propios cadáveres.

Esta es la realidad, y no resulta derrotismo el escribirlo, porque Stalingrado lucha por puros valores espirituales —honor, valentía, caer sabiendo que aún se mantiene enhiesta la bandera—, y es en el terreno del espíritu donde hay que considerar su gesta. Aislados, sin descanso en el día ni en la noche, estos fantasmagóricos guerreros saben que no hay relevo. En la cita con lo imposible están solos con su propia fe. Cuando se describe su batallar se termina siempre en lo mismo; si un soldado cae es un soldado menos. La patria, el hogar, todos los amores y todos los sentimientos quedan lejos; aquí, en los sótanos sin luz, entre el sonar incesante de la metralla que siega sus vidas, sólo están ellos. No cuentan el tiempo; ¿para qué? Cubiertos de sangre, negros de pólvora, sostienen firmes el fusil entre las manos que ya renunciaron al apretón querido, a la caricia que les ahora entre lamentos y angustia por la aldea natal. Mozos de la dulce Baviera, fuertes y filosóficos sajones, catadores del vino pálido del Palatinado, y también morenos hijos de Rumania, la de las lentas canciones... Aquí están juntos. La lucha y el sacrificio han borrado sus jerarquías, y ya no hay estrellas de oficiales ni humildes guerreras de soldados. El heroísmo y la muerte no reconocen categorías.

¿Cuántos son? No importa. Nada material se tiene en cuenta, y ésta es la gran victoria de su derrota. Stalingrado caerá cuando caiga el último de sus defensores, y entonces, desde el más allá, todos estos guerreros, que se entregarán de antemano a la muerte, verán cómo supieron inculcar nueva vida a su patria. Porque Alemania, electrizada por el ejemplo de sus hijos, se dispone a la lucha con nuevos bríos. «Para lograr el triunfo es necesario trabajar más», era el rótulo destacado de la Prensa de la mañana, y Alemania —Alemania, que normalmente trabajaba ya ocho y diez horas diarias—, se prepara para rebar horas al sueño y desplazarse a los países lejanos que conquistaran las armas victoriosas de los que hoy mueren a orillas del Volga, y arrancarle su última riqueza, a fin de que sus soldados tengan nuevos fusiles y municiones nuevas. El sacrificio es duro, pero se acepta. «Nos iremos lejos de aquí —me decía hoy una estudiante en mi hospital—, pero nos iremos cantando».

Y conste que ésta no es una crónica de circunstancias. Nunca como ahora, cuando la situación revela de pronto su riesgo y su amenaza, Alemania se dispuso a morir si es preciso. Cada mirada de la retaguardia refleja un poco el brillo de Stalingrado. No se habla de fallos militares ni de imprevisiones del Mando. Si esto sucedió hay que remediarlo con otra cosa que con críticas. Hay que remediarlo cerrando los ojos a la blandura de la vida y pensando que la lucha con el Soviet encierra simplemente el ser o el no ser de Europa. Esta es la tónica general. Atrás las pequeñas disensiones, los pequeños problemas particulares; cada alemán no necesita para ello conocer la proclama de Stalin, porque esto se respira en el ambiente y se enfrenta con él; quiere conocer el estado de cosas en toda su crudeza para recibir el espionaje del peligro mortal para que le cale el alma, la convicción de que todo sacrificio es poco. Cuando le argüís, acompañando su zozobra, que un revés no es una derrota, os contesta: «Y aunque lo fuese ¡no importa!».

Así habla y obra la retaguardia. Lejos agoniza su heroísmo en el incendio de Stalingrado. — Manuel POMBO ANGULO.

EN ROMA

El sueño de Roosevelt y Churchill

EN LONDRES

Cor

Londres, 28. (Crónica radiotelegráfica.) — Aunque el comunicado no es tan explícito como desde luego, que Churchill hasta en sus últimos detalles sajona, cuyo factor principal entrada en juego del ejército centrado en las Islas Británicas.

Tomaron parte en la conferencia y a la que hoy, siguiendo los periódicos ingleses denotan poner al Eje la capitulación de jefes de los Estados Mayores de ambas naciones, generales de África y del Mediterráneo, importantes técnicos en armamentos, quienes, según se asistieron al histórico acuerdo, dando incesantemente día.

Igualmente estuvieron y De Gaulle. A la vista de Churchill y Churchill, los dos un apretón de manos en que les asiste para llegar cuanto no sea la liberación éste constituye el único momento en que ha alcanzado éxito con ocultan hoy en Londres bien De Gaulle se ha convertido momento las diferencias de opiniones que De Gaulle entrar a colaborar activamente. De éstas, las parece, la restauración de la integridad, tanto dentro y la destitución de todo con Vichy.

Antes de separarse, puesto a poner en primer lugar al Presidente y el «Premier» la villa donde se hospedaba de se domina el deslinde los corresponsales que las incidencias de la guerra.

Por lo demás, la

EN ZURICH

Zurich, 26. (Crónica radiotelegráfica.) — El servicio inglés, al dar cuenta de la conferencia, contra las comunicaciones depende la facultad de los Estados, anuncia que el servicio destruido por la invasión carece de importancia. No puede basarse en una sola patrulla para ser la primera de las frecuentes de convoyes en la nueva Europa. La formación antiaérea y la organización de la